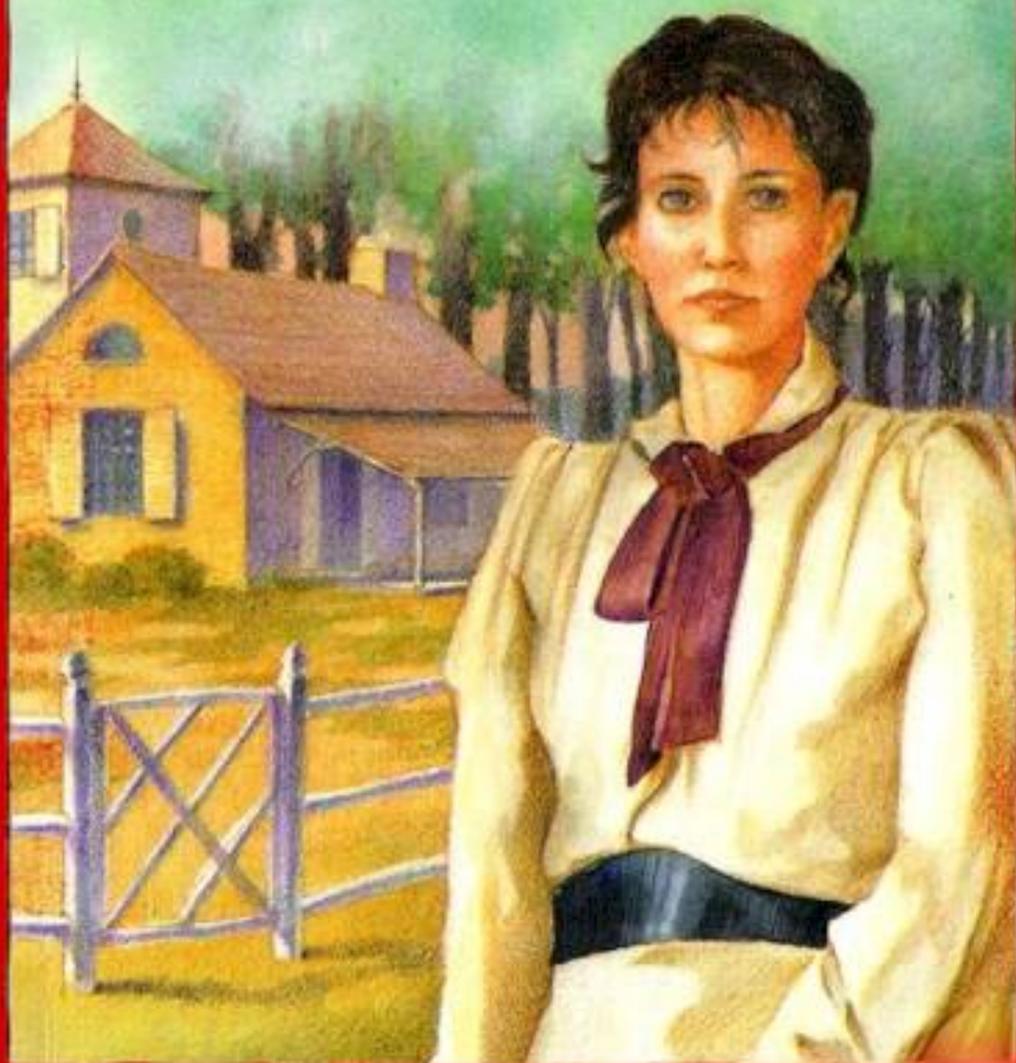




EL BARCO DE VAPOR

Carol Drinkwater  
La escuela  
encantada



La vida no es fácil para Fanny, una maestra inglesa de treinta años, por lo que decide emigrar a Australia. Allí, en un pequeño pueblo sin escuela, luchará para conseguir un local donde dar clases. Pero todo se complica cuando entre los vecinos empieza a correr la voz de que Fanny es una bruja y que la escuela está encantada.

**A partir de 12 años**

A  
PHYLLIS MCCORMACK, MICHEL NOLL  
Y, POR SUPUESTO, A AUSTRALIA

*Mi agradecimiento más sincero  
a Jean Diamond y Julie Watts  
por su constante apoyo*

La acción de *La escuela encantada* se desarrolla en Nueva Gales del Sur, Australia, en 1863, tres años antes de promulgarse la Ley sobre Escuelas Públicas de Nueva Gales del Sur.

## 1

FANNY Crowe abrió lentamente los ojos. Permaneció quieta, escuchando los ruidos matutinos de las jóvenes que bajaban a desayunar. Incorporó un poco la cabeza y paseó la vista por el austero dormitorio. Era la única que dormía allí. Las otras cinco camas estaban vacías, cuidadosamente hechas. Era la habitación más pequeña y estrecha y la última en ocuparse. Aún seguía silenciosa y desierta.

En el pasillo, por el contrario, se abrían y cerraban puertas y resonaban pisadas, mientras se escuchaban las voces de las jóvenes que, en perfecto inglés, decían: «¡Espérame, Cissie, aún no he terminado de hacer la cama! ¡Debías levantarte antes, perezosa! ¡Te guardaré un sitio!».

Fanny dejó caer de nuevo la cabeza sobre la almohada y siguió con el oído atento a las pisadas que bajaban por las escaleras. Por la luz que entraba por la ventana, calculó que debían de ser alrededor de las siete. Normalmente se levantaba antes de las seis y era la primera en bajar, cuando aún estaban preparando afanosamente las mesas en el comedor. Sin embargo, su entusiasmo por vivir en aquel nuevo país se había esfumado durante los dos o tres últimos días. Como cualquier otra cosa, levantarse requería demasiado esfuerzo.

«Catorce de septiembre», pensó Fanny tristemente. «Principios de primavera. Llevo aquí tres meses». Sus pensamientos retrocedieron a su país, un atrevimiento que raramente se permitía. «Allí, ahora, estarán a finales de verano. Bastante caluroso aún para pasear por el parque. Pro-

bablemente, las hojas se estarán volviendo rojas y doradas».

—¡Oh, Inglaterra! —suspiró.

No era que no le gustara Sidney. Claro que no. Durante aquellos meses solitarios había paseado muchas tardes de cálido invierno por playas recién descubiertas en los alrededores del magnífico puerto y contemplado las enormes olas blancas que rompían contra las relucientes rocas pardas. Ése era un placer que no había conocido jamás en Inglaterra. Fanny era una muchacha nacida en Londres, que raramente había tenido la oportunidad de pasear por la orilla del mar. Nunca había visto un mar tan encrespado ni una arena tan blanca y suave como aquélla, excepto durante el viaje.

Cuando era niña y aún vivían sus padres, la llevaron una vez a Brighton. Por lo que recordaba, aquello era muy distinto, con pacíficas olas grises que rompían mansamente en una playa de guijarros. «Aquí pasamos tu madre y yo nuestra luna de miel», le contó su padre una tarde mientras caminaban por el paseo marítimo. Cómo había disfrutado contemplando a las elegantes señoras que paseaban por la avenida de Brighton... Llevaban miriñaques y sombreros de variados colores y sombrillas de encajes y volantes.

—¡Verano en Inglaterra! —suspiró anhelantemente. No quedaba nada de aquel último verano. Sus lazos con aquella isla distante estaban ahora rotos. Las únicas noticias que recibía eran los frívolos chismorreos de las recién llegadas.

Estaba la tía Alice, claro está, pero por alguna razón Fanny no se atrevía a escribirle otra carta, especialmente por la incertidumbre de sus actuales circunstancias. Le había escrito, contándole que había realizado la interminable travesía de noventa días sin novedad, aunque de forma no totalmente confortable. Había evitado describirle en su carta las auténticas incomodidades de viajar en segunda clase. Tía Alice se habría horrorizado al enterarse del estado del estrecho camarote de Fanny, su falta de comida nutritiva y

el número de pasajeros que su sobrina había visto enfermar durante el largo viaje. Recordó que incluso uno de ellos había muerto de disentería.

Su tía le había contestado una carta de unas pocas líneas, en la que manifestaba su desaprobación a que jóvenes decentes, de buenas familias, se fueran de su casa y empezaran una nueva vida. ¡Cuántas veces había estado Fanny en el soberbio piso de su tía en Londres y había escuchado el mismo sermón! Esta vez, afortunadamente, se había evitado la humillación. Apartó con los pies la colcha raída y remendada.

¿Qué diría la querida tía Alice si pudiera verla ahora? Sintió un escalofrío al pensarlo y saltó resueltamente del lecho.

—¡Fanny, tienes que olvidarte de esas tontas ilusiones al instante! No sirven para nada. Vístete y prepárate para tu cita de esta mañana —se reprendió a sí misma, mientras vertía un poco de agua para lavarse, de una jarra de porcelana rosa y blanca que había en un viejo aparador cercano a la cama—. ¡Hay que afrontar la realidad! ¡Hay que hacer algo! ¡Incluso, si tuviera suerte, habría que hacerlo hoy mismo! —se echó el agua fría por la cara.

El día antes había contado sus últimas veinte libras. ¿Cuánto tiempo le durarían?

«Esta residencia», pensó enfurruñada mientras se secaba la cara, «no es lo que se dice barata. Quizá mi primer acto de economía podría ser encontrar un sitio donde vivir». Pero la cuestión era, como siempre que pensaba en ello, dónde podría vivir sola una joven de buena familia, en una ciudad como Sidney, sin comprometerse.

La respuesta era siempre la misma: en ningún sitio. No podía ni pensar en mudarse a una pensión barata, donde estaría rodeada de empleadas domésticas o, peor aún, de mujeres de mala reputación. Puesto que no había encontrado un puesto de trabajo con alojamiento, se veía obligada

a vivir en aquella residencia anglicana para mujeres inglesas de buena familia. ¡Eso, o perder la reputación!

—¡Es inevitable! —suspiró, se sentó en el borde de la cama y desanudó descuidadamente el lazo blanco del cuello de su rizado camisón de algodón.

Fanny calculó que, incluyendo el viaje, hacía casi ocho meses que había salido de Inglaterra bajo los auspicios de la FMCES<sup>[1]</sup>.

—¡Oh, sí, la FMCES! —murmuró enfadada—. ¡La respuesta a mis sueños! —dobló el camisón y se rió desdeñosamente de las promesas de la FMCES. Como a tantas institutrices antes que a ella, le habían hecho creer que para jóvenes de buenas familias había muchas más perspectivas de trabajo y matrimonio en las antípodas.

Nunca se había considerado falta de atractivos, aun cuando había cumplido los treinta sin una sola propuesta de matrimonio. Cuando murió su padre, hacía casi un año, se encontró con una pequeña suma de dinero y muy negras perspectivas de futuro. Había leído, por casualidad, un artículo en el periódico *The Times*, en el que se exponían los resultados del primer año de trabajo de un grupo denominado Sociedad para la Emigración de Mujeres inglesas de Clase Media: *En Australia son muy solicitadas las profesoras e institutrices cualificadas, y los salarios superan con mucho los de Inglaterra.*

—Esto es exactamente lo que necesito —había exclamado Fanny—. ¡Una nueva oportunidad de vivir!

«Una nueva oportunidad de vivir, ¿eh?», pensó ahora, mientras se aseaba, haciendo inventario de sí misma y reflexionando en aquel aciago día.

En aquella radiante mañana de primavera en Sidney, tenía que admitir que su aspecto era más que aceptable. ¡Aunque acabara de cumplir los treinta!

Fanny extendió la mano hacia el cajón donde guardaba las medias. Desgraciadamente, no había mucho donde elegir. Ahora no tenía dinero para tales lujos. Sin embargo, se

tomó su tiempo para pensar qué par sería más apropiado para la importante cita que tenía aquella mañana; la cita que tanto le había costado concertar.

—Nada que pueda ofender el decoro, Fanny —se aconsejó a sí misma—. Al fin y al cabo, es la mujer del obispo.

Sólo había visto a aquella mujer una vez, durante un té anglicano a beneficio de los pobres y necesitados. A ella y a otras jóvenes institutrices les habían solicitado su colaboración para servir el té. El acto lo había organizado la señora Trippery, la mujer del obispo.

Tras otro momento de duda, eligió un sencillo par negro. El calor de principios de primavera aconsejaba un color más claro, pero era importante que aquella mañana diera la impresión adecuada. Mientras enfundaba sus bonitas piernas en las medias, se rió nerviosamente. Su estado de nerviosismo le recordó aquella otra entrevista con su ilustre tía, meses atrás, en Inglaterra.

Una vez que hubo recibido la pequeña herencia que le había dejado su padre, Fanny calculó que, con un préstamo de la FMCES para el pasaje a Australia, podría establecerse en Sidney y conseguir un trabajo conveniente como institutriz en una familia adinerada. Sólo había, como descubrió, un impedimento: la Sociedad para la Emigración de Mujeres de Clase Media no estaba dispuesta a dejar dinero ni ofrecer ayuda para el pasaje a alguna de las colonias sin una garantía por escrito de un miembro solvente de la sociedad británica. Fanny sólo tenía un pariente vivo: la rica tía solterona de su difunta madre. Alice, una refinada y obstinada dama, cuya familia le había legado una decorosa fortuna, era considerada por todos los que la conocían como «muy apegada a su dinero». Sin embargo, Fanny no tenía otra elección. Tenía que abordar a su acaudalada tía Alice.

Ese encuentro la inquietó. El día que llegó, hacía ya casi un año, a la puerta elegantemente barnizada de la casa de tía Alice, sabía que iba a librar una batalla, una batalla que estaba firmemente decidida a ganar.

—¿Qué clase de documento es éste? —pregunto su tía, ojeando por encima de sus lentes el papel blanco que le tendía Fanny.

La doncella acababa de salir de la habitación. Tía Alice le había encargado que sirviera el té.

—Es un contrato, tía Alice. Un contrato que garantiza el préstamo de mi pasaje a Australia, por si no lo pago dentro de los treinta meses estipulados.

—¡Australia! —Alice dejó caer sus lentes horrorizada—. Mi querida sobrina, ¿has perdido el juicio? —chilló, bastante ramplonamente, mientras sus lentes golpeaban el precioso broche de oro que llevaba—. Lo único que puedo decir —prosiguió— es que me consuela que tu pobre madre descansa en su tumba y no esté aquí para presenciar a su única hija en los horrores de una locura precoz.

Fanny no se acobardó por aquel desagradable estallido. Conocía demasiado bien a su tía. Era lo que esperaba. Así pues, se mantuvo en sus trece y la llevó diestramente al convencimiento de que, en cualquier caso, ella tendría que ser financieramente responsable de su sobrina, incluso si se quedaba en Londres.

—¿Te das cuenta, tía Alice, de lo que pasaría si yo no lograra salir adelante aquí? En Inglaterra hay pocas oportunidades buenas para institutrices jóvenes, incluso para las que pueden enseñar francés y música, como yo. ¿Y qué pasaría si no encontrara un empleo? Yo no podría seguir haciendo frente a los gastos de la casa. Como tú sabes, el testamento de mi padre no me permite venderla. Estos últimos quince años me he dedicado a mi padre y a sus necesidades. No he tenido vida social ni he conocido ningún buen partido. No he encontrado marido y me figuro que ahora tengo muy pocas posibilidades de encontrarlo, en el supuesto de que lo quisiera, lo que no es cierto. Así que ya ves que dependo de ti, tía. Si las cosas van mal, ¿quién me ayudará?

A Alice, una solterona de edad bastante avanzada, le gustó oír que su sobrina admitía que la vida no dependía necesariamente de tener marido. Aquel comentario dijo mucho en su favor. Era lo que Fanny había pretendido. Alice comprendió lo limitadas que eran en realidad las posibilidades de Fanny. Además, podría acabar siendo la responsable de su sobrina; así que cogió a regañadientes su elegante pluma de ave y firmó los papeles.

—¡Fue toda una victoria!, recordó Fanny mientras se vestía. Se puso con esmero el elegante vestido de tafetán, lo abrochó, se lo ajustó al cuerpo e hizo una pausa para mirarse al espejo. «¡Si al menos la cita de esta mañana terminara bien!», pensó.

Su estómago empezaba a alborotarse. ¿Tendría hambre porque era más tarde de lo normal para desayunar, o sería a causa de los nervios? Le horrorizaba la perspectiva de tener que solicitar la ayuda de la mujer del obispo. No recordaba claramente a aquella mujer. Sin embargo, el pensamiento vago de la mujer del obispo, presidiendo el té con un sombrero grande y ostentoso, la puso aún más nerviosa. ¡Tenía que controlarse! No quedaba otra opción. Debía encontrar ayuda en alguna parte. Evidentemente, no podía regresar a Londres, aun en el supuesto de que pudiera pagar el pasaje, tras las últimas palabras que le dirigió tía Alice mientras se encaminaba a la puerta del cuarto de estar.

—Toma tu contrato, Fanny, pero procura no volver por aquí si eso va a traer más disgustos para tu familia, lo que indudablemente harás. ¡Australia!

Fanny sintió un escalofrío y comenzó a sujetarse con unas horquillas sus desgredados rizos castaños. Forzada como se veía ahora a pedir ayuda a una mujer a la que apenas conocía, con la que el único lazo que tenía consistía en que era la patrocinadora de la FMCES, tuvo que admitir que las cosas no le habían ido como había previsto. Igual hasta tenía que pedir dinero a la mujer del obispo, aunque no quería pensar en ello. Era su último recurso. No podía

soportar pensar en la desgracia que arrojaría sobre su familia. ¿Qué habría dicho su tía si hubiera sabido que estaba sólo a veinte libras de aceptar un trabajo doméstico?

Cogió el bolso de terciopelo burdeos que hacía juego con el vestido y respiró profundamente. Estaba lista para afrontar su destino. Tras un vistazo final en el espejo, se dirigió a la puerta, salió al oscuro pasillo y descendió por las desnudas escaleras de madera hasta el vestíbulo. Como de costumbre, se acercó primero al tablón de anuncios. Aunque aún era demasiado temprano, cruzó los dedos y musitó para sus adentros una plegaria: «¡Ojalá haya puesto alguien una nota solicitando una institutriz!». Habría aceptado cualquier puesto aunque no tuviera que enseñar música. Se dio la vuelta desilusionada. El tablón estaba casi vacío, como lo había estado durante las últimas semanas. Sólo había una nota escrita a mano que indicaba las horas de las misas y una solicitud pidiendo ayudantes para las próximas vacaciones veraniegas.

No se percató de que la encargada la miraba desde el mostrador situado junto a la puerta principal. La buena mujer, con el pelo castaño mate, recogido austeramente, tenía siempre una frase de aliento para Fanny.

—Algo se presentará pronto, señorita Crowe. Ya verá cómo tengo razón.

Fanny se volvió rápidamente, haciendo un esfuerzo por sonreír.

—Sí, eso espero —respondió cortésmente, y se dirigió con desánimo al comedor.

La gran habitación retumbaba con el estrépito de tazas y platos. Fanny se sentó en una mesa junto a la ventana. Decidió no unirse a ninguno de los pequeños grupos que formaban las jóvenes, y comenzó a desayunar malhumoradamente. Desde hacía poco se había impuesto tomar huevos y un bollo, tuviera hambre o no, ya que eso le ahorraría tener que pagar luego un almuerzo. Mientras se servía el té

de una gran jarra esmaltada que había en el centro de la habitación, le llamó la atención un estallido de risas.

Levantó la vista y divisó un nuevo grupo de jóvenes que hablaban inclinadas sobre la mesa. Reconoció al grupo que acababa de llegar unos días antes de Inglaterra. Al regresar a su sitio con la taza de té caliente, las observó mientras comentaban sucesos del viaje. No pudo escuchar exactamente lo que decían, pero una chica muy bonita, regordeta y rubia, de unos dieciocho años, contaba a sus atentas compañeras los detalles de algún enredo amoroso que le había sucedido en el barco. La cautivada audiencia, con los ojos abiertos de par en par, respondía con suspiros y risitas traviesas. La alegría y vivacidad de las chicas contrarió a Fanny. Percibió también lo jóvenes que parecían. A sus treinta años, debía de ser la mayor de la residencia. Ese funesto detalle no aumentaría sus posibilidades de encontrar empleo. Comió de buena gana, diciéndose a sí misma que su visita a la mujer del obispo era una decisión muy sensata. No había motivos para sentirse nerviosa.

RICHARD BLACKBURN se despertó sobresaltado. Creyó haber escuchado un grito. Estaba empapado en sudor, casi febril.

—Debe de haber sido una pesadilla —murmuró, frotándose el humedecido torso con la mano. Se sentía molesto y notaba una sensación nerviosa y dolorosa en la boca del estómago. Giró el cuerpo y miró más allá de la ventana—. Ni siquiera ha amanecido —volvió a darse la vuelta para intentar dormir de nuevo.

Algo le inquietó. El ruido del golpe producido al cerrar la puerta de un armario atrajo su atención. Incorporó la cabeza de la almohada de lino. Alguien andaba en la cocina. Por la luz que entraba por la ventana dedujo que era temprano, incluso para su padre. Permaneció echado un rato, intentando en su estado de somnolencia dar forma a los

ruidos que escuchaba. Oyó verter agua, una silla que resbalaba sobre el suelo de piedra, unas pisadas y, luego, nada. El silencio reinó de nuevo en la gran cocina de *Rosewood*.

—Tiene que ser padre —se dijo Richard—. ¿Quién iba a ser si no?

El delgado chico de pelo oscuro se deslizó silenciosamente fuera de la cama. Quería estar seguro. Cruzó de puntillas la habitación, traspuso la puerta abierta y luego el rellano, procurando evitar las zonas más crujiertes del suelo de madera para no despertar a sus hermanas. Al llegar al pie de la escalera, se asomó por la barandilla y miró más allá del vestíbulo. Vio la figura alta y corpulenta de su padre, de espaldas a la puerta, con una taza de té en la mano. Contemplaba frente a la ventana la pálida luz del amanecer que se extendía por el valle. Richard se acercó silenciosamente a él.

—Padre —dijo en voz baja—, ¿estás bien?

Henry Blackburn no se volvió ni respondió a su hijo. Siguió mirando a través de la ventana, con la mano que sostenía la taza de té apoyada en la robusta mesa de madera de cedro y la otra sujeta a la solapa. Richard permaneció detrás de él, sintiendo bajo sus pies desnudos el frío suelo de piedra. Vio que su padre estaba ya vestido, pero no llevaba sus habituales ropas de granjero. Vestía su traje negro. Uno que Richard le había visto los escasos domingos que Henry acompañaba a su familia a la iglesia. El desgastado sombrero negro descansaba sobre la mesa.

—Padre —repitió Richard, un poco más fuerte—, aún es muy temprano. ¿Quieres que haga algo?

Henry continuó mirando por la ventana. Richard deseó poder decir en aquel momento algo sobre el accidente. Quería que su padre supiera que comprendía lo que sentía y que él también echaba de menos a su madre, pero no pudo articular palabra alguna. Tenía la boca seca.

—Vuelve a la cama —dijo el padre finalmente con su marcado acento escocés—. Más tarde necesitaré que te

ocupes de tus hermanas. Ve ahora a dormir un poco. Yo estoy bien aquí.

Sin decir nada más, Richard volvió a subir las escaleras y se metió en la cama, aunque, al igual que su padre, no pudo dormir. Permaneció acostado, escuchando el silencio de la cocina. De pronto se echó a llorar. ¿Por qué le pasaban esas cosas a él? ¿Por qué había perdido a su madre, a quien tanto quería? Se odió por llorar. Su padre le había enseñado que era un signo de debilidad. Se sintió avergonzado. Se mordió el labio para contener los sollozos y, finalmente, se quedó dormido.

Una hora más o menos después le despertó su padre.

—Levántate, chico, y ayuda a tus hermanas a vestirse.

Abrió los ojos legañosos y saltó de la cama mientras su padre salía de la habitación.

Richard se vistió en un santiamén, sin lavarse ni peinarse, y se dirigió apresuradamente por el descansillo al cuarto de sus hermanas. La puerta estaba abierta. Dio uno o dos pasos vacilantes y entró a disgusto en el desordenado dormitorio de las niñas. Miró con gesto impaciente a Vanessa y Clarissa.

—¡Vamos! ¿Aún no estáis listas? —estaba harto. Le molestaba tener que ocuparse de ellas, porque eran muy lentas—. ¡Date prisa, Clarissa, y ponte las botas! —se apoyó en la pared y en ese momento oyó que llamaban a la puerta principal. Salió al crujiente descansillo alfombrado, dejando que sus hermanas terminaran de vestirse.

Era el reverendo Dalton. El muchacho sacó medio cuerpo fuera de la barandilla para escuchar la conversación. Su padre y el reverendo Dalton hablaban en voz baja en el vestíbulo, camino de la sala. Era casi imposible oír lo que decían. La culpa era de Vanessa, la mayor de sus hermanas, que se había puesto a llorar.

—¡Chiss! —siseó Richard. Regresó enfadado y la vio sentada en el bonito cofre de madera que había junto a la cama, herencia de la familia de su madre. Tenía a medio